

ÍNDICE

1. Presentación
2. José Agustín Goytisolo y la Generación del 50
3. Breves notas biográficas sobre José Agustín Goytisolo
4. La presencia de la madre en la poesía de José Agustín Goytisolo
 - 3.1. Primera etapa: «Un grito desgarrador»
 - 3.1.1. La muerte
 - 3.1.2. El odio hacia «los asesinos de luces»
 - 3.1.3. El doloroso
 - 3.3.4. El paraíso perdido
 - 3.2. Segunda etapa: «La significativa ausencia de la madre»
 - 3.3. Tercera etapa: «Un nuevo retorno»
 - 3.3.1. La muerte de la madre
 - 3.3.2. El odio
 - 3.3.3. El dolor
 - 3.3.4. El paraíso perdido
 - 3.3.5. La salida ante tanto dolor
 - 3.4. Cuarta etapa: «Un eterno recuerdo»
5. Conclusión
6. Bibliografía

1. Presentación

Antes del estallido de la Guerra Civil los hermanos Goytisolo, José Agustín (1928), Juan (1931) y Luis (1935) eran unos niños de familia acomodada que residían en un caserón de la zona alta de la ciudad. Pero un desafortunado día de primavera su madre, Julia Gay, murió en el transcurso de un bombardeo fascista, tras lo cual la armonía familiar quedó truncada para siempre. Los hermanos no superaron el trauma de aquella muerte, condicionando así su vida, además de la obra, puesto que los tres se dedicaron a escribir y este suceso fue motivo de inspiración en muchas de sus obras, sobre todo para José Agustín. José Agustín, poeta de lo cotidiano, Juan, el narrador rebelde, y Luis, el novelista de genio. Juan, en una ocasión, confesó a Miguel Dalmau que su peripecia vital habría sido muy distinta sin aquella tragedia: probablemente no habría sido escritor.

La figura de la madre en la obra de José Agustín Goytisolo ha sido ya abordada por numerosos estudiosos, no obstante, pretendemos acercarnos a ella desde una nueva perspectiva. Durante la lectura y análisis de su obra hemos observado diferencias en el tratamiento de este tema a lo largo de medio siglo de producción literaria.

Tras este estudio hemos establecido cuatro etapas en su obra poética: una primera etapa, titulada «Un grito desgarrador», que comprende sus tres primeras obras, *El retorno* (1956), *Salmos al viento* (1958) y *Claridad* (1961); una segunda etapa, denominada «La significativa ausencia de la madre», que comprende las obras publicadas entre *Claridad* y *Final de un adiós: Algo sucede* (1968), *Bajo tolerancia* (1973), *Taller de arquitectura* (1977), *Del tiempo y del olvido* (1977), *Palabras para Julia* (1980), *Los pasos del cazador* (1980), *A veces gran amor* (1981) y *Sobre las circunstancias* (1983); una tercera fase, bajo el título de «Un nuevo retorno», representada por una obra como *Final de un adiós* (1984); y por último, una cuarta etapa, «Un eterno recuerdo», que comprende las obras publicadas con posterioridad a *Final de un adiós: El rey mendigo* (1988), *La noche le es propicia* (1992), *Novísima oda a Barcelona* (1993), *El ángel verde y otros poemas encontrados* (1993), *Como los trenes de la noche* (1994), *Cuadernos de El Escorial* (1995) y *Las horas quemadas* (1996).

Entre las distintas fases creemos apreciar significativas diferencias en el tratamiento de algunos temas estrechamente relacionados con la figura materna: la muerte de la madre,

el dolor que le causa, el odio hacia los responsables de su muerte, la pérdida del paraíso de la infancia y las posibles salidas que el poeta contempla para superar el sufrimiento o al menos poder convivir con ese intenso dolor.

Para el estudio de la obra de Goytisolo hemos partido de sus *Obras completas* publicadas por la Editorial Lumen. En las mismas, no aparecen algunos poemarios, ya que son recopilaciones de poemas de otras obras, de ahí que no aparezca *Elegías a Julia Gay*, pues se trata de un compendio de los poemas publicados en *El retorno* y *Final de un adiós*, junto a otros publicados en otros libros del autor. Todas las citas sacadas de los poemas del autor pertenecen a esta obra, y debido a la gran cantidad de referencias, no citaremos la obra, solo las páginas que correspondan.

2. José Agustín Goytisolo y la Generación del 50

En este trabajo no nos corresponde dirimir la cuestión de si procede o no hablar de Generación del 50 cuando nos referimos a una serie de autores encuadrados bajo este marbete por distintos estudiosos de nuestra literatura, ni si fue una generación en sí o más bien un grupo poético, como le gustó a alguno de sus miembros denominarse (Lanz, 2009: p. 9), o una promoción poética. Queremos partir del hecho de que sea cual sea el término que se use, no es menos cierto que en torno a los años 50 de la pasada centuria surgió un grupo de poetas que compartió unos principios estéticos muy parecidos. ¡Qué lejos –y qué cerca a la vez– obras poéticas tan dispares y tan similares como pueden ser la de José Agustín Goytisolo y Francisco Brines, ambos encuadrados en el mismo grupo poético o generación en tantas y tantas monografías que se han publicado al respecto! Entre estos poetas podemos destacar, siguiendo las palabras de uno de los miembros de dicha generación, Caballero Bonald, a Ángel González, Alfredo Costafreda, Carlos Barral, Ángel Crespo, Gil de Biedma, José Ángel Valente, el propio Caballero Bonald y José Agustín Goytisolo, sobre el que nadie duda de que es uno de los autores más destacados (Lanz, 2009: p. 10). Esta mención de Caballero Bonald a un grupo de poetas que tienen entre sí numerosos puntos en común nos hace recordar a Carmen Riera, quien, en la línea de lo expuesto más arriba, señaló que «no tendremos más remedio que referirnos al término generación, ya que las constantes alusiones de los poetas y

críticos entre 1959 y 1965 a su “generación”, a una “nueva generación literaria” nos obligan a ello» (Riera 1988: p. 13). Sin duda alguna, faltan muchos nombres entre los poetas más significativos que han sido incluidos a lo largo de las distintas antologías dentro de este grupo de poetas, nombres como Eladio Cabañero, Claudio Rodríguez, Carlos Sahagún, Francisco Brines..., por no hablar de mujeres como Gloria Fuertes, pero todo parece indicar que resulta incuestionable que allá por los años 50 un grupo de poetas empezó su labor creadora y que entre ellos existen suficientes puntos de unión como para postular que es posible hablar de dicha generación literaria, grupo poético o promoción poética, dentro de la cual ocupa un papel destacado José Agustín Goytisolo.

Si como es bien sabido, muchos de estos escritores inician su creación en los años de florecimiento de la poesía social, no es menos cierto que no deja de ser un mero tópico el hecho de que su poesía fuera fundamentalmente política. Aunque de todos es conocido que muchas de sus creaciones recogerían su preocupación por la situación por la que pasaba la inmensa mayoría del país, los autores arriba mencionados se fueron alejando paulatinamente de los postulados más nítidamente políticos, y dieron entrada en su obra a otros problemas más relacionados con el yo poético individual, sin abandonar, por supuesto, los temas sociales o historicistas. Carmen Riera subraya una serie de temas comunes a todos estos autores: En lo que confiere a los temas, coteja la ausencia del tema religioso y de temas cómicos o «aquellos que escapan a la exigencia más inmediata de la vida». Menciona, en cambio, el amor (trascendente o hedonista), el hombre en su contexto social o individual, la política (el dictador tratado alegóricamente) y la burguesía denostada. [...] La guerra civil o los «marcos docentes». Además es atraído también por temas como la infancia y la adolescencia «contados como tesoros perdidos» (Riera, 1988: p. 28).

A estos temas podríamos añadir el del paso del tiempo, la amistad... Como fácilmente se desprende de la lectura de la obra de José Agustín Goytisolo, todos y cada uno de ellos están presentes en la misma. Pero de entre todos ellos nosotros queremos destacar uno: el tratamiento de la infancia y cómo aparece la madre –brutal y absurdamente asesinada por el bando franquista– como figura que articula y da sentido a esa etapa tan temprana de la vida, principal soporte sobre el que se sustenta ese paraíso cuyo destino es la inevitable pérdida. Como señala Enrique Balmaseda (1991: p. 135), «la memoria de infancia de este poeta se halla inextricablemente unida al recuerdo de la madre, víctima

inocente de unos agentes históricos que hicieron también, de otra manera, víctima inocente al niño».

3. Notas biográficas sobre José Agustín Goytisolo

Dadas las características de este trabajo, es importante dar algunos datos sobre la vida de José Agustín Goytisolo, que arrojen luz sobre una obra en la que la impronta autobiográfica es sumamente importante.

José Agustín Goytisolo, hijo de José María y Julia Gay, fue el segundo hijo nacido dentro de una familia de cuatro hermanos y una hermana (Antonio, el mayor, Marta, José Agustín, Juan y Luis). Nació un 13 de abril de 1928 en Barcelona, en el seno de una familia perteneciente a la pequeña burguesía catalana. Antonio, al que tan siquiera conoció José Agustín, moriría a causa de una meningitis en el año 1927. Con lo cual, José Agustín fue el mayor de los restantes. Este hecho, aparentemente anecdótico, tendrá sus consecuencias en el desarrollo del mayor de los Goytisolo, porque jamás sería tratado José Agustín como el primogénito de la familia, lo que dejaría huella en el poeta. Con todo, hay otro elemento más determinante en la forja de su personalidad.

Como es sabido, un suceso dramático vendrá a condicionar tanto la vida como la obra del autor: la muerte de la madre en un bombardeo de la aviación franquista sobre la Ciudad Condal el 17 de marzo de 1938, en una de sus muchas visitas a la ciudad, en este caso para visitar a sus padres y comprar unos regalos. Fue «un bombardeo de represión», como señala Jordi Villaronga (2000: p. 19), pues en aquella zona «no había ningún objetivo militar». Cuatro días estuvo la familia sin tener noticias de Julia Gay, hasta que un primo de esta la encontró, entre cientos y cientos de cadáveres, en el Hospital Clínico de Barcelona.

José Agustín Goytisolo hizo sus primeros cuatro años de Bachillerato en el colegio de los jesuitas de Sarriá, de donde sería expulsado, para continuar sus estudios en el colegio de La Salle. En el año 1945 empezó la carrera Derecho en Barcelona, y terminaría en el año 1950 en Madrid, donde residió en el Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe. Allí conoció a otros poetas de la llamada Generación del 50 que vivían entonces en Madrid, como José Ángel Valente o José Manuel Caballero Bonald. Mientras tanto, crecía su odio y

desprecio por un régimen que tanto le quitó y su conciencia crítica de la situación que padecían millones de españoles. Su labor como abogado la hace compatible con su dedicación literaria.

En el año 1955 se casó con Asunción Carandell. De este matrimonio nació su hija Julia, a la que dedicaría años más tarde el tan conocido poema al que le puso música Paco Ibáñez y se hizo canción. A lo largo de los años 60 y 70 fue incesante e intensa su labor literaria, así como su activismo en contra del régimen y en la defensa de las libertades.

Finalmente, falleció en 1999. Las circunstancias de la misma es aún hoy motivo de controversia, pues hay quienes afirman que se debió a un suicidio, mientras que otras fuentes aluden a un accidente cuando intentaba poner unas persianas en la ventana de su vivienda. La realidad es que un 19 de marzo el cuerpo de José Agustín Goytisolo cayó al vacío desde una ventana de su casa, y España, aquella España de la nueva prosperidad, pierde a uno de sus mejores poetas, a una de sus principales voces críticas.

4. La presencia de la madre en la poesía de José Agustín Goytisolo

Hablar de la importancia de la madre en la obra de José Agustín Goytisolo es ya lugar común en todos aquellos que se han acercado a su obra (Balmaseda 1991: p. 127). No olvidemos que ya su primer libro, *El retorno*, dedicado en su totalidad a evocar la ausencia de la madre, lo encabeza una cita de T. S. Eliot: «Partió; mas en los días de otoño, soñadores, / forjó mi mente, golpe a golpe». Como podemos apreciar, todo un reconocimiento de la importancia que la madre –o más bien, la ausencia, la muerte de la madre– tiene en la vida de J. A. Goytisolo, y, por ende, en su obra poética.

Si la evocación de la madre, como ese elemento mágico que alumbra la infancia, es primordial en muchos de los escritores de la Generación del 50¹, en José Agustín Goytisolo esta importancia se acrecienta, dadas las trágicas circunstancias de su muerte y la temprana edad en la que Goytisolo quedó huérfano, convirtiéndose, pues, en uno de los núcleos

¹ Recuérdese, por ejemplo, poemas como «El derrotado», «Primera evocación» o «Viejo tapiz» de Ángel González, correspondientes a sus obras *Sin esperanza con convencimiento* (1961), *Tratado de urbanismo* (1967) y *Otoño y otras luces* (2001), respectivamente.

fundamentales de su poesía. Y no solo en aquellos libros que dedica de una forma explícita a la muerte de la madre, como pueden ser *El retorno* –primer intento del poeta de racionalizar y convertir en materia poética tanto dolor–, *Claridad o Final de un adiós* –un nuevo intento de cauterizar esa vieja herida que se había cronificado en el alma del poeta–, sino en aquellos en los que no aparecen referencias a la madre, o solo las encontramos en algún que otro poema aislado. Estos poemas son, junto a sus silencios, testimonio vivo de un recuerdo que atormentaba en al poeta. Como señala Enrique Balmaseda (1991: p. 127), «sobre buena parte de la poesía de Goytisolo gravita la presencia de la gran ausente. Su veta elegíaca, intimista y reconcentrada, está inextricablemente unida al vacío que la muerte de aquella dejó en el niño de nueve años José Agustín. Pero también su veta satírica, inconformista y despiadada a veces, su confesada “mala leche”», parece arrancar en una de sus raíces profundas del rencor nacido del dolor, del sentimiento de orfandad causado por la injusticia de una muerte absurda [...] Esa pérdida traumática marcará su infancia».

Así, pues, la evocación de la figura de la madre tiene importancia nuclear no solo en las dos obras que le dedicó el poeta de una manera íntegra, sino también en mayor o menor grado en los distintos libros que fue publicando a lo largo de su vida. No podemos olvidar, tal y como señala Luisa Cotoner, que la ausencia de la madre contribuye a acrecentar un sentimiento que acompañaría al poeta a lo largo de su biografía y de su obra poética: esa terrible sensación de vacío que tan a menudo lo embargaba (Cotoner 2010: pp. 157-158).

Veamos en palabras del propio poeta hasta qué punto la muerte de la madre marcó su vida y su poesía (Téllez 2015: p. 49):

Una persona que muere de una manera tan trágica y cuyo nombre estuvo prohibido en mi casa hasta que me casé, ¿cómo no me iba afectar? Yo era el hermano mayor y fui el primero que tuvo que dar la noticia.

Ahora bien, como ya hemos señalado en la introducción que abre este trabajo, creemos percibir en la obra de Goytisolo distintas etapas en el tratamiento que hace de la figura de la madre: una primera, que englobaría sus poemarios *El retorno*, *Salmos al viento* y *Claridad*; una segunda, en la que incluimos las obras publicadas entre *Claridad* y *Final de un adiós*; una tercera, en la que estaría *Final de un adiós*, y una cuarta, que comprendería aquellas obras escritas después de esta última. En cada una de estas distintas fases se introducen significativos matices en el tratamiento de la madre y de ciertos temas

que giran en torno a la misma: su muerte, el odio hacia los responsables de su muerte, el dolor que del poeta por la pérdida de la madre, la pérdida de ese paraíso llamado infancia y la búsqueda de una salida para tanto dolor.

4.1. Primera etapa: «Un grito desgarrador»

El retorno, *Salmos al viento* y *Claridad* son los tres poemarios que comprenden la primera etapa de la que hablábamos anteriormente. *El retorno*, publicado por primera vez en 1955, pero reelaborado hasta 1986, está dedicado «A la que fue Julia Gay». Intentará José Agustín Goytisolo con esta obra mitigar el profundo dolor por la muerte de la madre, por la desaparición de ese sol-astro en torno al cual giraba su infancia. Tendrá la obra, por tanto, una finalidad catártica.

Los temas del mundo de la infancia y de la muerte de la madre pasarán a un muy segundo plano en su segunda obra publicada, *Salmos al viento*, obra que se centra fundamentalmente en una crítica irónica y sarcástica a la burguesía y sus costumbres (Balmaseda, 1991: p. 130). Sin embargo, sí que podemos encontrar un poema en el que ese mundo de la infancia está presente, «Autobiografía», en el que también se hace mención de forma implícita a la guerra y a la muerte, esa muerte que para nosotros se hace extensible de una forma evidente a la figura de la madre, con ese pronombre en primera persona del singular que aparece en el poema: «Vino luego la guerra / la muerte –yo la vi–». Curiosamente, en la estrofa anterior, quien increpa al poeta siendo niño con un estribillo que se repite a lo largo del poema «no sirves para nada» es el padre; para nada se hace mención a la figura de la madre: el mutismo sobre la misma es absoluto.

Como ha señalado acertadamente Emilio Lledó (1984: p. 18), muchos de los poemas de *Salmos al viento* no son otra cosa que «acusadores salmos de dolor», acusación que se hará patente en otras obras publicadas después de *Claridad* hasta *Sobre las circunstancias*.

También agrupamos en esta primera etapa *Claridad*, donde buena parte de sus composiciones, sobre todo aquellas que aparecen en la primera parte, tienen un marcado carácter autobiográfico y presentan la figura de la madre como motivo central. Por decirlo en palabras del propio Goytisolo, *Claridad* es «la autobiografía de una persona, yo, y

también de muchas otras, pues está despersonalizada» (Hernández, 1991: p. 313). Obra que parte, pues, del yo poético, pero que busca también universalizar esa voz hasta que sea un reflejo del «nosotros», en esa búsqueda del otro que tan a menudo emprende Goytisolo a lo largo de su obra.

Por tanto, en esta primera etapa tenemos la figura de la madre como tema central, así como una fuerte crítica social con un contenido muy irónico y sarcástico. Veamos cómo trata en estas tres obras los temas que surgen como consecuencia de la temprana muerte de la madre

4.1.1. La muerte

Dada las trágicas circunstancias en que murió la madre, es evidente que la muerte ha de ser una de las constantes en aquellas composiciones nacidas de la evocación de su figura, lo que se constata de una manera fehaciente en *El retorno*. En efecto, abre Goytisolo su primer libro de poemas con una serie de composiciones en las que se enfrenta directamente con la muerte, una muerte que inunda todo el espacio en el que habita su recuerdo de la madre: «busqué un espacio para tanta muerte», «pedía un reposo para tanta muerte», «lloré en silencio sobre tanta muerte», son los tres versos que cierran cada uno de los tercetos que forman el poema «Sobre vosotras aves». Como ha indicado Jordi Villaronga (2000: 129-130), en *El retorno* las alusiones a la muerte son más frecuentes que en el resto de sus obras, más incluso que en esa otra elegía que dedicaría a la madre, *Final de un adiós*, lo que ya muestra una diferencia importante entre aquél y este. Nos encontramos, por tanto, con el motivo principal de los poemas dedicados a la madre o en los que aparece esta como presencia significativa: la muerte, una muerte que será, sin duda alguna, una de las principales causas del dolor, del desarraigo y de la angustia que acompañarán a lo largo de su vida a José Agustín Goytisolo.

Dadas las implicaciones personales, la muerte a la que alude Goytisolo en esta primera obra no es la muerte entendida en sentido metafísico, concebida como abstracción, sino la muerte física y concreta de un ser humano, la madre, una muerte que se une a la de tantos otros que encontraron esa suerte durante la Guerra Civil. Así pues, los versos de estos poemas están lejos de ser una reflexión fría e intelectual sobre el hecho de la muerte,

lejos incluso de ser un llanto poético sobre sus consecuencias, pues es sobre todo el grito desesperado de un niño que pierde a la madre de una manera violenta a la edad de nueve años. Son muy pocos años para que no deje en el poeta esa huella imborrable que lo acompañará, como insistiremos en las páginas de este trabajo, a lo largo de su vida.

Ahora bien, no podemos circunscribir las causas de ese grito de dolor solo a la pérdida de la madre, pues también brota de tanto dolor y muerte como el niño José Agustín contempla a su alrededor, circunstancias que el poeta evoca en su edad adulta. Como ha señalado Enrique Balmaseda (1991: p. 136):

...la elegía por la muerte de la madre, en torno a la que de una manera u otra gravita su memoria infantil, no constituye un mero ejercicio egocentrista. El tratamiento poético le proporciona un sentido más universal: su elegía por la madre muerta bajo las bombas [...], se hace extensible a la de otros huérfanos en equivalentes circunstancias.

Podemos, pues, asegurar que el tratamiento que de la muerte hace Goytisolo en los poemas de este libro nace de una manifestación del más profundo dolor que surge de lo más íntimo y hondo del poeta, pero se dirige a esos otros muchos que sintieron ese mismo dolor. No son, pues, sus versos solo la expresión del dolor de una persona concreta, sino de todo un pueblo sometido a unas circunstancias de enorme crueldad y que tuvo que presenciar tanta muerte a su alrededor. Se cargan así estos poemas de unas claras connotaciones sociales. Esto podemos constatarlo de una manera clara en el poema «No en tu casa», donde la muerte no persigue y asola solamente la casa familiar, sino que es al país entero al que quiere bajo su imperio: «Estaba allí tendida / como un pájaro inmenso. / Sucias manos querían / todo el país su nido» (p. 40).

Si en *El retorno* la muerte es presencia viva en muchos poemas, y más concretamente la muerte de la madre, no existen, en cambio, menciones concretas al momento histórico en que esta se produjo: la guerra. Habrá que esperar a la publicación de *Claridad* para que Goytisolo aluda de forma expresa a la guerra, y a la desolación que trajo consigo:

COMO CIEGO MIRÉ

Y de repente el aire
se desplomó encendido,
cayó como una espada,

sobre la tierra. ¡Oh, sí,
recuerdo los clamores!

Entre el humo y la sangre
miré: miré los muros
de la patria mía.
Como ciego miré
por entre los escombros:
iba buscando un pecho
una palabra; algo
donde esconder el llanto.

Y encontré sólo muerte
ruina y crimen y muerte
bajo el cielo vacío (p. 95).

Llama poderosamente la atención el hecho de que este poema, dentro de *Claridad*, siga a «Nuevo Jardín», donde hace una recreación mítica de ese espacio maravilloso, paradisíaco, que para José Agustín Goytisolo fue el jardín de la casa familiar. Con esto, y por contraste, la guerra se carga de connotaciones aún más negativas si eso fuese posible.

La imagen que nos da Goytisolo de la guerra es absolutamente desoladora, y va mucho más allá de la simple evocación de su dolor personal por la muerte de la madre, pues se extiende sobre el conjunto del país. De ahí nacerá precisamente ese odio infinito hacia «los asesinos de luces», en alusión a los causantes de tanta barbarie y desolación, odio que será otro de los motivos de su obra que analizaremos en el apartado siguiente y que lo acompañó a lo largo de su existencia como dejó de manifiesto en «Queda el polvo», otro de los poemas de *Claridad* (p. 96):

De aquel trueno; de aquella
terrible llamarada
que se alzó ante mis ojos
para siempre ha quedado
-confundido con el aire-
un polvo de odio y una
tristísima ceniza
que caía y caía
sobre la tierra y sigue
cayendo en mi memoria
en mi pecho; en las hojas
del papel en que escribo.

4.1.2. El odio hacia «los asesinos de luces»

Como hemos comentado en el apartado anterior, de esa muerte violenta de la madre que arrancó al poeta del paraíso de su infancia, de su inocencia, arrebatándole a la persona en torno a la que fue construido, nacerá un profundo odio hacia aquellos que fueron los responsables directos, a los que dedica una de las composiciones de *El retorno*, en la que con más vehemencia muestra Goytisolo su odio hacia los vencedores:

Por los bastardos
por los sucios criados de la muerte
por los altivos adoradores del dios de las batallas
por los melancólicos por los hijos del hipo
por los engendrados en una noche de tentación
por los caritativos de las últimas migas
por los dulcísimos usureros de la verdad
por los embaucadores por los infinitos rastros
por los cuerdos de la antigua locura
por los humildes por los mezquinos
por los ciegos
por todos los mal nacidos de la tierra,
estás solo presente en mi recuerdo (p. 41).

El odio que refleja el poema nos parece tan evidente que sobra cualquier consideración al respecto. No obstante, queremos hacer hincapié en que es este odio y esa necesidad de gritarlo lo que nos permite asegurar que Goytisolo huye de la más mínima resignación ante el dolor y la muerte, y nos muestra su deseo de que ese grito de rabia sea también un grito de rebeldía en contra del régimen que surgió tras la terrible Guerra Civil. Como ya ha señalado Carmen Riera (1991: pp. 17-18), en José Agustín Goytisolo no hay el menor indicio de resignación cristiana, sino que es otro el sentimiento que preside esas composiciones donde aparece la muerte de la madre: el odio, un odio la más de las veces expresado de una forma descarnada sin ese recurso al que con tanta frecuencia recurre el autor en muchos de sus libros, la ironía o el sarcasmo. Como apunta Enrique Balmaseda (1991: p. 128), «hay demasiado dolor, demasiado rencor en estos poemas», para que en los mismos se haga presente este recurso tan querido para el poeta.

Ahora bien, si algo caracteriza a este libro y establece claras diferencias respecto a *Final de un adiós* es que, a pesar del inmenso odio que embarga al poeta, las alusiones que hace a los causantes de tanta barbarie, aun siendo bastante evidentes, aparecen sutilmente

veladas. No en vano, la censura pesaba de una manera determinante allá mediados los años 50, condicionante que desaparecería años más tarde, con la muerte del dictador.

La expresión de ese odio podemos encontrarla en otros muchos poemas del libro: Así, en «Cae la muerte», el segundo poema de la obra, el poeta reconoce que visita el sepulcro de la madre con un objetivo concreto: «Para guardar el odio / para embeberme en la contemplación / de lo que más humilla...» (p. 36).

Pero no solo los militares sediciosos serán el centro de sus ataques, sino que, recordando esa poesía existencialista de los años cuarenta –Dámaso Alonso, Blas de Otero– dirige también sus iras contra el mismo dios –escrito así, con minúscula– que calla y consiente tanta muerte, tanta barbarie, alguien contra quien lanza sus blasfemias en el poema «Alguien», un dios que «debe aplaudir desde algún sitio», contra quien maldice «...un ser contigo / que maldice y pregunta» ante «una mujer que muere». Sin duda, una mujer llamada Julia Gay y un ser contigo que maldice llamado José Agustín Goytisolo.

4.1.3. El dolor

Si el odio surge en el corazón del poeta, como ya hemos dicho, por la muerte de la madre, no será este el único sentimiento que lo acompañe a lo largo de su vida; también un profundo y sentido dolor nacerá y le será consustancial como consecuencia de tan trágica muerte y de la soledad absoluta en la que quedaría. De lo que de tragedia tiene para el niño que fue José Agustín Goytisolo la muerte de la madre, el reino de soledad y silencio en que queda por su pérdida, dan testimonio un buen número de poemas de *El retorno*. Así, en «Un sitio entre las rosas», en una imprecación llena de dolor, le dice el poeta a la madre, «disuelta en el dolor absoluto de las cosas / me dejaste una herencia de suspiros», y un malestar existencial que ya augura el poeta que lo ha de acompañar el resto de sus días: «Como tú sufro por los días / que han de venir por los males que acechan» (p. 45). En «A ella y a ti os pregunto», le confiesa al hermano, también muerto: «... Vivo / sobre las ruinas. Amo» (p. 46).

No quiere, sin embargo, Goytisolo, a pesar de ser tan grande su dolor, cerrar las puertas a la esperanza, de ahí, que en muchos de sus poemas de esta primera etapa, sobre todo en *Claridad*, se agarre con fuerza a la tabla de salvación de un imposible –pero

imaginario– reencuentro con la madre, a la posibilidad de que en algún lugar, cercano o lejano, su presencia se haga realidad. Por eso clama en «A ella y a ti os pregunto», «Decidme sí decidme/ [...] / que nada ha terminado». Y por ello también reconoce que fue un clamor en el seno familiar, y en el propio poeta, ese deseo de hacer presencia viva a la madre dentro de la familia, de lo que son reflejo dos poemas: «Una palabra sola» y «Nombre de mar». En el primero de ellos advierte que, con frecuencia, «A veces parecía / que estuvieses sentada entre nosotros» (p. 48), en un desesperado deseo de que se deshiciese tanto dolor; y en el segundo reconoce cómo «...en secreto negábamos tu muerte / como se niega a un dios. / En un rincón del alma / la esperanza sonaba con tu nombre de mar» (p. 49). Significativo es el poema que cierra el libro, en el cual se hace realidad el reencuentro, en un tiempo y en un espacio mítico, de la madre y el hijo, ambos de regreso a la casa familiar:

CUANDO TODO SUCEDA

Digo: comience el sendero a serpear
delante de la casa. Vuelva el día
vivido a transportarme
lejano entre los chopos.

Allí te esperaré.

Me anunciará tu paso el breve salto
de un pájaro en ese instante fresco y huidizo
que determina el vuelo
y la hierba otra vez como una orilla
cederá poco a poco a tu presencia.

Te volveré a mirar a sonreír
desde el borde del agua.
Sé lo que me dirás. Conozco el soplo
de tus labios mojados:
tardabas en llegar. Y luego un beso
repetido en el río.

De nuevo en pie siguiendo tu figura
regresaré a la casa lentamente
cuando todo suceda (p. 55).

4.1.4. El paraíso perdido

Ese mundo de «ruinas» y soledad que llenan ahora el espacio del poeta tras la muerte de la madre contrasta significativamente con ese otro mundo en el que ella, viva, reinaba, un mundo todo luz y alegría, paraíso ¿definitivamente?, perdido, que será otra de las constantes que acompañan a los poemas en los que la figura de la madre y la infancia rota del poeta tienen un papel relevante: «...Todo / marchaba bien / y en tu casa de entonces la alegría / era el aire que bebíamos todos / era el sabor de fruta que dejaban tus besos», dice en «Como páginas lentas» (p. 47).

En *Claridad*, volvemos a encontrarnos con el jardín de la casa familiar, un recinto en el que era posible ese encuentro del niño con la madre, o el reencuentro a través de la evocación de aquellos felices tiempos en que aún vivía:

Ahora veo el almendro
tembloroso. Las ramas
oreaban el aire
en su entorno. Y allá

la madre; un libro; rotos
pedazos de mi vida
tibias osas en donde
mi mundo terminaba (p. 91).

Vuelve a aparecer en *Claridad* el jardín de la casa familiar en otros poemas del libro: «La campana» («Nuestra casa estaba cerca / de un paso a nivel. Campana / y las barreras bajaban. / Desde el jardín yo seguía / los movimientos del guarda» (p. 92) y «Nuevo jardín» (P.94):

Luego años veloces:
la felicidad.
En un jardín nuevo
nueva claridad.

[...]

Rosas; buganvillas
Y olor de azahar.

Sin embargo, en este poema, ya aparece ese espacio mítico amenazado por lo que vendrá poco tiempo después, la guerra: «Pero a un cielo con calma / sigue tempestad», dice el poeta unos versos más adelante.

Este espacio mítico aparece de una manera constante en su obra, porque hay un mundo antes y después de la muerte de la madre. Un mundo, de luz y alegría antes, al que intentará volver una y otra vez; un mundo, de sombras y tristeza después. En *El Retorno*, en «Cercada por la vida» el poeta, en ese diálogo permanente que intenta mantener con la madre, delante de su tumba, exclama: «Pero tu nombre sigue aquí / tu ausencia y tu recuerdo / siguen aquí. / ¡Aquí! / Donde tú no estarías / si una hermosa mañana con música de flores / los dioses no te hubiesen olvidado» (p. 39). Como podemos apreciar, también hubo en la vida de Goytisolo «una hermosa mañana con música de flores», que el poeta parece querer recuperar con esa constante evocación de ese paraíso perdido, deseo que vemos también en el poema «El lugar» (p. 98), que sirve de cierre de la primera parte de *Claridad*:

¡Ah si todo pudiera
comenzar otra vez
de un solo golpe; de una
pura y simple palabra!

Yo entonces volvería
cantando por el bosque
y al pie de aquella encina
después del claro allí

donde tantas mañanas
transcurrieron felices
buscaría el tesoro
que enterré siendo niño.

En consonancia con este espacio mítico, bastante estilizado, y en medio de tanta desolación como reflejan muchos de sus poemas, aparece en la obra de Goytisolo una imagen de la madre sumamente estilizada e idealizada, una madre que trasmite luminosidad, rodeada de vida y luz, «carne pura y breve», «olorosa y atrayente» (p. 44). Vista así, la muerte de la madre se carga –en un claro contraste– aún más de connotaciones trágicas, al acercarnos un ser angelical, puro, que parece destinado a la muerte. Esta exaltación de la figura de la madre aparece en muchos poemas de *El retorno*. «Era mujer y hermosa. No tenía / nieve sobre los años» leemos en «A ella y a ti os pregunto» (p. 46). En «El jardín era sombra» (p. 52) se hace un canto exaltado de la madre después de una serie

de poemas presididos por la más absoluta desolación, reflejo, sin duda alguna, de la capacidad del poeta para hacer una contención de su dolor:

Yo recuerdo tus ojos
cuando hablabas del aire
porque el cielo venteaba en tus pupilas.

Yo recuerdo tus manos -hace frío-
arropándome al lecho como copos
de nieve enamorada.

La luz era contigo
más clara
la alegría en tu boca era tu boca
y el jardín era sombra porque cuando decías
jugad en el jardín
nos cubrías de un tenue perfume de enramada.

Como podemos observar, si algo caracteriza a esa descripción de la madre son principalmente tres constantes que aparecen en su obra: la luz, la alegría, y reinar en ese espacio mítico, paraíso en el que vivía acompañando y guiando los pasos del niño-poeta José Agustín Goytisolo: el jardín.

4.1.5. La salida ante tanto dolor

De tanto dolor solo hay una salida posible: el amor, pues, como señala Carmen Riera (1986: p. 162), «solo el amor es capaz de redimir del odio [...] que generó la muerte». La amada cobra así un papel redentor que tiene no solo en poemas de *El retorno*, sino también en otros libros del autor, hecho que ya ha sido también señalado por Javier Villaronga (2000: pp. 156-157). Pero ya aparece de una forma clara en este primer libro del poeta. Así, en «No dejes no» confiesa que «De la mujer que amo he aprendido / la canción del silencio...» y le pide, «no dejes que las primeras luces / empañen mi contorno / que la palabra rompa este momento / de comprensión total» (p. 51). Es significativo cómo en este poema, intenta el poeta unir a esas dos mujeres tan importantes en su vida, la madre, la amada, pues a partir de esta pretende un mayor acercamiento «a la que fuera Julia Gay». Así, ante el deslumbramiento que siente por los silencios de la amada, el poeta se dirige a la madre para reconocerle «... Ahora sé / lo que tú me decías sin palabras» (p. 51).

En «Autobiografía» (p. 81), en *Salmos al viento*, vuelve a aparecer la figura de la amada repitiendo, llenas de cariño, las palabras que le han ido repitiendo a lo largo de su vida:

...Y un día
la muchacha que amo
me dijo y era alegre:
no sirves para nada.

Ahora vivo con ella
voy limpio y bien peinado.

4. 2. Segunda etapa: «La significativa ausencia de la madre»

Nos encontramos aquí, en esta segunda etapa, con una serie de obras en las cuales la presencia de la madre y la evocación de la infancia quedan relegadas a un segundo término, o al menos no tienen la relevancia que tuvieron *El retorno* y *Claridad*. Las obras que comprenden esta etapa siguen más la línea de *Salmos al viento*. Ahora bien, no podemos olvidar que, como ya hemos señalado, esa rabia contenida que desprenden tantos poemas del autor tiene un origen claro: la temprana muerte de la madre, de la que José Agustín Goytisolo culpa directamente al bando de Franco, lo que incide de una forma directa en tantos poemas del autor escritos en esta segunda etapa.

Algo sucede es sin duda el libro más social de los escritos hasta ahora, de ahí que tanto la infancia y la madre quedan también, al igual que ocurría con *Salmos al viento*, en un segundo plano. A pesar de ello, siempre está presente la trágica pérdida de la madre en ese grito de rebeldía que permanece oculto tras la aparente contención crítica de tantos poemas del libro, como por ejemplo el que dedica a Alberti, en el que el poeta grita «No. No más voces que se pierdan / en esta noche ciega y honda» (p.161), en una clara alusión al régimen de Franco. Sin embargo, también en esta obra aparecen en mayor o menor medida alusiones a la madre, a la infancia, y a la atroz guerra. Así, en «Noticias a Carlos Drummond de Andrade», refiriéndose al poeta, dice Goytisolo, «Él comprende y conoce / la marca del dolor; la huella de humo / de nuestro hogar quemado» (p. 166). Como se puede apreciar, aún sigue vivo en el poeta el recuerdo de los destrozos de la guerra. No se puede pensar que tras esa alusión al hogar quemado no está presente el recuerdo de la

madre, aunque creemos que en este caso, como en tantos otros, ese hogar trasciende el significado de la casa familiar para referirse al conjunto del país, al hogar de los desposeídos, de los vencidos. O ese otro poema, en el que increpa a su hermano Juan y en el que le confiesa, en un tono de sentida tristeza, la herida que aún le quema por dentro: «...todo lo que pesa / como un montón de escombros / en mi memoria» (p. 172). Universo derruido, destrozado, que acompaña aun al poeta, recuerdos de los que no consigue desprenderse. Significativos son los versos que dedica en «Mis habitaciones» a evocar aquellos años de la infancia: «A veces me contemplan los sillones / de la casa del padre y me preguntan/ por mis zapatos nuevos/ por aquella pelota que un día me quitaron / por el perro que murió» (p. 173). De «la casa paterna», y solo paterna, solo quiere evocar «los zapatos nuevos», «el perro que murió», «aquella pelota que un día [le] quitaron». Evidentemente, hay silencios que hablan por sí mismos, silencios que dicen mucho más que mil palabras; este es uno de ellos.

Bajo tolerancia sigue la línea de *Algo sucede*, en la que se conjuga denuncia social y poesía intimista que se funde en ese *nosotros* que la hace de este modo también poesía social, pues no se trata de una poesía vuelta sobre sí misma, sino lanzada hacia el hombre. Son muchas las composiciones de este libro –la mayoría de ellas– dedicadas tanto a la labor poética como a poetas significativos para José Agustín Goytisolo, como, por ejemplo, Costafreda, Bécquer, Cernuda, Gil de Biedma, Lezama Lima... Llama, sin embargo, la atención una de las composiciones del libro, «El buen amor» (p.251), que permite una lectura autobiográfica y en la que, a nuestro entender, la sola mención del nombre de la madre tiene el poder de un sortilegio que traspusiese al poeta, hundido en su angustia, a aquellos años de la infancia, donde todo era luz:

...y así fue como un sucio desaliento se echó
sobre tus hombros
tal un pájaro enorme en una madrugada
sórdida y cruel
con aires de desgracia

y fue entonces recuerda cuando en el abandono
o desamor
pronunciaste su nombre repetiste su nombre
como un niño
perdido entre la sombra.

Por azar o conjuro tal nombre te ha devuelto
a los días
de la más clara luz y ahora notas la brisa
el fresco olor
de un sitio que conoces,

de una casa rodeada de flores y senderos
donde el sueño
cruza por galerías altísimas y blancas
como velas
de un navío al largar...

Queremos llamar la atención sobre el hecho de que de nuevo aquellos años infantiles en compañía de la madre, aquel espacio, ya convertido en lugar mítico, que era la casa familiar, aparece descrito de una manera enormemente sublimada: «casa rodeada de flores y senderos», donde todo es «luz» y «fresco olor», en concordancia con ese concepto de paraíso en el que se sentía protegido el niño y que más pronto que tarde habría de perder.

Taller de arquitectura sería su siguiente obra, en la que aparecen una serie de poemas escritos en el periodo de tiempo en el que estuvo trabajando en el taller de arquitectura de Ricardo Bofill. En la misma, el carácter social se sigue cultivando, recogiendo muchos de sus poemas claras y sarcásticas críticas a la sociedad española del momento, así como al capitalismo como modelo económico que genera barbarie. En esta obra, pues, parecen quedar relegados a un muy segundo plano los temas de la infancia y de la madre. Sin embargo, en algunos poemas ese sentimiento de rabia y odio que el poeta se encargó de cuidar y que lo acompañan a lo largo de su vida y obra recuperan un primerísimo plano, posiblemente como consecuencia del mucho dolor que le causaron y de ese odio hacia los asesinos del que decidió el poeta acompañarse en vida.

Pueden ser muchas las interpretaciones sobre el origen de esa rabia y ese odio; nosotros hemos considerado oportuno relacionarlo con esa fractura que se produjo en la vida de José Agustín cuando solo contaba con la edad de nueve años.

Ningún poema aparece en *Del tiempo y el olvido* ni en *Palabras para Julia* que evoquen ni la infancia ni la figura de la madre. Habrá que esperar a la siguiente obra, *A veces gran amor*, en la que, si bien la mayoría de sus composiciones son de tema amoroso, llama poderosamente la atención el poema de cierra, que bajo el título de «El recuerdo» (p.

473) puede ser leído como una evocación de nuevo de la figura materna, y que en buena medida explica ese silencio mantenido a lo largo de los dos poemarios anteriores:

Me asomo al miedo escucho
las voces que aún resuenan
que suben de la tierra
gritando nombres fechas
lugares de traición
crímenes sordos
y sin querer lo temo
por mi vida por mi
pedazo de bandera
por mi casa por todo
lo que fui rescatando
de aquel montón de ruinas
que dejaste al partir
hacia ese mar oscuro
en donde permaneces
tan espantosamente
callada todavía.

Llama la atención cómo aparece una vez más ese silencio, ese mutismo que guarda la madre ya muerta, ahora «espantosamente callada», posiblemente ante el grito de dolor, de sufrimiento, el grito desesperado de socorro que permanentemente le lanza el poeta a lo largo de su obra.

Resulta significativo que alguien como José Agustín Goytisolo, sobre quien tanto pesó, tanto en su biografía como en su poesía, las trágicas circunstancias acaecidas en su infancia, en una obra que lleva por título *Sobre las circunstancias*, no haya ni una sola referencia a su infancia ni a los dramáticos sucesos que tuvo que vivir por la muerte de la madre. Este silencio es revelador, según lo entendemos, del deseo del poeta de llevar al olvido el motivo último de tanta tristeza y dolor que impregnan mucho de sus poemas.

4.3. Tercera etapa: «Un nuevo retorno»

La respuesta a ese mutismo sobre sus circunstancias personales en *Sobre las circunstancias* posiblemente la encontremos en el poema que abre el siguiente libro, *Final de un adiós*, en el que el poeta reconoce el esfuerzo inútil hecho por despojarse de tantos recuerdos que laceraron su infancia y su vida, inútil en tanto que la ausencia de la madre sigue siendo presencia viva en su memoria:

[...]

Intenté despojarme de recuerdos
y el tuyo me envolvía.

Dije que no eras más que polvo
y el polvo se rio de mí (p. 499).

En «Remedio al peor mal» reconoce, «busqué en el olvido / un remedio al peor mal y no lo hallé / fui niño solo» (p. 509). Asume, pues, Goytisolo que es imposible dejar en el olvido lo que tan fuertemente quedó grabado en la memoria. Ante esta imposibilidad de olvido, nace precisamente la necesidad de indagar en el origen del dolor como única posibilidad de encontrar un bálsamo con el cual seguir viviendo: «Hoy sé / que es preferible ahondar en lo que mucho / hiera o es más ruin / que desear la total desmemoria / porque en vez de ella acude / la angustia el sobresalto que acompaña / a los abandonados de la noche / [...] Yo / sufrí / la desesperación de no olvidar» (p. 509).

De esa necesidad de curarse de tanto dolor nace este poemario, que pretende ser, tal y como anuncia su título, ese adiós definitivo del poeta al doloroso recuerdo de la ausencia de la madre, y en el que vuelven a aparecer los mismos motivos que ya aparecieron en *El retorno* y que, de una manera u otra, en menor o mayor grado, han estado presentes en los libros publicados después de esta obra: la muerte de la madre, el odio por los asesinos, el dolor que este hecho causó en el autor, el paraíso perdido de la infancia, las salidas ante tanto dolor.

4.3.1. La muerte de la madre

Al igual que ocurría en *El retorno*, la muerte de la madre en *Final de un adiós* es el tema fundamental del libro, y el eje sobre el que giran el resto de los temas. Ahora bien, como Jordi Villaronga ha señalado muy acertadamente, si en *El retorno* la muerte que llora el poeta es la muerte de la madre y la de los otros muertos en la Guerra Civil, esta dimensión se acrecienta en *Final de un adiós*, para alcanzar a la muerte metafórica del propio poeta, sumido en la más radical angustia existencial, y que siente ya su vida más como muerte que como vida, una muerte que avanza día a día (Villaronga 2000: p. 129). Este es sin duda el motivo por el cual si en *El retorno* la palabra muerte se repite

4.3.3. El dolor

Fue tan grande el dolor por la pérdida de la madre que, incluso pasado el tiempo, el dolor que siente el poeta ya adulto se parece al que experimentó en su tiempo: «Aun hoy / pasados tantos años si no puedo / revivir una voz o un gesto tuyos / me imagino que sigo / pintando en rojo todas las paredes» dice el poeta en «Una voz un gesto» (p. 505). De hecho, como ya hemos apuntado más arriba, si en algo se diferencia *Final de un adiós*, de *El retorno*, es en el hecho de que *Final de un adiós*, además de una elegía por la muerte de la madre, se convierte en una vía para analizar y expresar la situación existencial del poeta, en este caso presidida por el dolor y una profunda angustia: «Soñé con los días más radiantes / y me cubrió la sombra» (p. 499); «Y a mí me cuesta aún reconocer / mi horror en ese grito / del niño infortunado que era yo» (p. 507); «Y así / no sé nunca qué hacer ni a dónde ir / para escaparme de esta rata ciega» (p. 516). En «Oh encubridora» exclama también «Pesadumbre que llegas otra vez / y ya te fuiste» (p. 521). Solo queremos destacar dentro de estos dos versos la expresión «otra vez» que es ilustrativa de la situación existencial que vive el poeta.

Ante esta angustia ya no sirve tampoco el refugio de la evocación de aquel paraíso perdido que veíamos en *El retorno*, o la evocación de la figura de la madre, pues ni lo uno ni lo otro llevan a sitio alguno parecido al consuelo o la salvación. Por ello, solo le queda una huida hacia sí mismo: «Refúgiate en ti mismo / y huye de evocaciones que te empujan / a un tiempo que no existe» (p. 522). Ahora el poeta es consciente de que vive en la soledad más radical, que ya no hay posibilidad de ese reencuentro con la madre: «Alrededor de la negra atalaya del solo / no contesta ni el eco / y los barcos / pasan sin detenerse o dar señal» (p. 523).

En esta misma línea veíamos que en *El retorno* pretendía el «yo» poético mantener un diálogo permanente con la madre, como una manera de negar esa realidad que tanto dolor causaba –su muerte– y una forma de mantener esa esperanza de reencuentro con la misma. Esto desaparece también en *Final de un adiós*, donde el poeta constata también que ese diálogo con el ser amado y perdido ya no es posible, sencillamente porque ya no pertenece a este mundo de los vivos. Veamos cómo lo expresa Goytisolo en el siguiente poema, en el que domina la más absoluta desolación:

ES COMO EL ECO

Si golpeas la puerta de una casa vacía
el muro te responde.

Si señalas el rastro de una perdiz herida
el perro te la trae.

Pero si hablas con alguien que no existe
tu voz es como el eco
perdiéndose en los montes (p. 520).

El dolor genera en el «yo» poético un deseo de encontrarse con la muerte, ese espacio en el que ya no tendrá lugar el recuerdo, único lugar donde el olvido es posible, donde reina «la paz de lo que no existe» (p. 525). Esto se hace evidente de una forma especial en los últimos poemas del libro: «Sea fragancia el tiempo del no ser / y claridad su reino», dice en «Y claridad su reino» (p. 531). De forma premonitoria ese deseo de encontrar la muerte aparece de una manera firme y evidente en el poema que cierra el libro, «Sin tiempo ni memoria» (p. 532):

Una voz que bien sé de dónde viene
me ordena que despierte
que me aleje del sueño
que abandone.

Digo que así será:
cortaré el agua de los maleficios
verteré azufre en tierra
y me iré a otro lugar
a una región
sin tiempo ni memoria
en la que todo esté por comenzar.

4.3.4. El paraíso perdido

Al igual que en *El retorno*, la casa de su infancia antes de la muerte de la madre es presentada a modo de paraíso donde reinaba la felicidad, como se refleja en el poema «La flor de la jara» (p. 501):

Yo amaba aquella casa
sin vientos de desgracia.

Era como mi alegre
posesión transparente.

Como la flor blanquísima
que a lo lejos brilla.

Tal vez yo por entonces
desdeñara a los dioses.

Pues ni ellos habitaban
en regiones tan claras.

Pero cierra este poema con unos versos que muestran la desolación que trajo en su mundo la guerra:

Un fuego despiadado
prendió en aquellos campos.

Después no quedó nada.
Ni la flor de la jara.

Como podemos apreciar, también en este libro de poemas hay un antes y después de la muerte de la madre, un antes y después de los destrozos personales y colectivos de la Guerra Civil: muerta la madre, reconoce el poeta, «después no quedó nada / Ni la flor de la jara.»

En «Como la brisa» vuelve a aparecer una descripción bastante idealizada del entorno infantil: «Todo semeja igual que entonces: / el olor húmedo de los helechos / la donosura de los álamos / el sol jugando entre las hojas / y un aire lleno de perfume» (p. 514). Pero, este espacio sublimado sirve para destacar el contraste con lo que luego habría de ser el futuro del escritor, perdido «en el mundo», como se aprecia en «Olor a lluvia», donde el poeta vuelve a evocar el jardín familiar, pero ahora para constatar, que todo aquello que tanto amó yace definitivamente muerto: «Ya no existen las buganvillas / junto al garaje y no hay parterres / ni el limonero echa la flor / que te envolvía con su aroma. / En el jardín abandonado / olor a lluvia y aire quieto» (p. 518). El sentimiento de desolación que siente el poeta por la pérdida de ese paraíso infantil se nos hace evidente cuando comprobamos lo que ese mundo supuso para el José Agustín niño, paraíso en el que solo él, en compañía de la madre, reinaba, y eran ambos su único dios:

EL CAMPO DE ARRIBA

Yo imperaba detrás de una cerca. Yo
tenía un caballo en aquel reino
y también una espada. Yo
poseía toda la vastedad del prado
hasta el campo de arriba
hasta el palacio de fantasía y ramas
y tú que eras la reina
me concedías todo aquel dominio
me amparabas

venías a buscarme
a la hora del pan con chocolate
o cuando oscurecía.

Nunca más
he sentido el orgullo del poder
como allí lo sentía porque aquel
era un feudo tan bello como el aire
como una flor de otoño y sus fronteras
tú me las señalabas
con la voz con el gesto
de los brazos tendidos cuando yo regresaba (p. 528).

Pero no solo la casa paterna, el jardín, esos espacios que aparecen tan continuamente en sus poemas son el marco en el que todo es belleza y en el que se desarrolla la relación madre/hijo; también la ciudad, Barcelona, se carga de connotaciones positivas de la mano de la madre:

Conocí esta ciudad me habitué a ella
paseando contigo. Me gustaba
la escalera mecánica del metro
y también recorrer
sus tiendas y almacenes.

Era un mundo de luz
lleno de escaparates y puestos de periódicos...

[...]

Un día
-aún recuerdo el aroma-
todo era fiesta y te compré una flor (p. 530).

Vuelve a aparecer en este poemario una evocación idealizada de la figura de la madre, como ya hemos señalado («... Claridad / como la de tus ojos / no he visto», dice en

Tú
me explicabas todas estas cosas.

Sin embargo, también en este motivo –la evocación idealizada de la madre– encontramos en esta obra significativas diferencias respecto a *El retorno*. Si en *El retorno* veíamos cómo el poeta ansía el reencuentro con la madre, algo contemplado como posible en el espacio mítico que José Agustín Goytisolo nos propone, en *Final de un adiós*, pasado el tiempo, llegado el poeta a una visión del mundo más pragmática, surge el desencanto, la triste convicción de que ya no hay lugar en el que poder confluir madre e hijo. Se acrecienta, pues, el tono pesimista de sus poemas, pues ya no hay lugar para la esperanza:

Quise buscarte en lo inaudible
en el reino más sigiloso
pero no pude averiguar
dónde habitaba el gran silencio/ pues desconozco su sonido.
[...]
Quise buscarte en aquel reino
en el vacío sin palabras
en el gran templo inexpresable
que es el silencio de tu dios
pero no di con el camino (p. 515).

Del mismo modo, en «Rata ciega», el poeta constata que «Medio dormido creo/ que otra vez te me acercas de puntillas/ que acaricias mi pelo/ mas cuando aguardo que hables nada escucho/ Me incorporo y enciendo/ la luz: siempre estoy solo» (p. 513). Ya no hay esperanza posible, el «yo» poético constata que, aunque sigue vigente ese deseo de volver a encontrarse con la madre en un espacio o tiempo mítico que veíamos en *El retorno*, pasado el tiempo, los años, haciendo acto de presencia la más radical desolación, llega el desencanto, el hecho de tener que afrontar la triste y dura realidad: sencillamente no es posible.

Hay en *Final de un adiós* una característica más que lo diferencia de *El retorno*: en *Final de un adiós* más que el recuerdo de la madre, aparece el recuerdo del recuerdo; ya no el recuerdo cercano de la madre, sino lo que recordaba de la madre; esta, con el paso del tiempo se le escapa: «Confundido en el aire quieto / olvidé todas tus palabras / su débil huella. Lo que fue / se deshizo como una rosa» (p. 518). Sí queda la constatación de que

todo aquello que evocaba en *El retorno* y que aun parecía vivo, aparece ya definitivamente muerto:

Ya no existen las buganvillas
junto al garaje y no hay parterres
ni el limonero echa la flor
que te envolvía con su aroma.

En el jardín abandonado
olor a lluvia y aire quieto (p. 518).

4.3.5. La salida ante tanto dolor

También en este poemario hay salida para ese dolor, para esa angustia que siente el «yo» poético: el amor de la compañera, la amada, lo que de una manera evidente aparece en el poema «Cantando compañera» (p.519), en el que reconoce de manera explícita el papel que tuvo en la vida del poeta y el que ha de tener en el tiempo por venir:

CANTANDO COMPAÑERA

Alguien me dijo en sueños:
de la cueva del odio no se sale
cantando.

¡Ah compañera!
Tú que me hallaste como un rey mendigo
cuando tenía sed y la fuente
era sólo agua pútrida encharcada
ayúdame.

Que me acaricien
tus manos hasta el alba que rocen
mi cuerpo tus cabellos
que tu voz acompañe a la mía porque entonces
si saldré de la cueva cantando
compañera.

Y también, aunque ya la poesía social queda lejos en el tiempo, busca el poeta ese refugio colectivo que encontrará en los otros, en ese continuo ir del «yo» poético a la poética del «nosotros», que caracteriza la poesía de José Agustín Goytisolo, como refleja esos versos que cierran el poema «Amapola única» (p. 504), en el que hace un ataque descarnado a los responsables directos de la barbarie que supuso la Guerra Civil:

Y no quise callarme

recuerda», en el que el poeta evoca aquellos años en los que estaba prohibido nombrar el nombre de la madre tras su muerte: «y un nombre que jamás se pronunciaba» (p. 797).

Sin embargo, podemos apreciar una característica en el tratamiento del tema de la muerte de la madre en esta última etapa de su labor creadora: esta está presente, pero a la misma no se refiere el poeta de una manera directa, sino con alusiones que nos la traen a la memoria. Con toda seguridad al poeta se le ha impuesto otros temas derivados de la muerte de la madre, como puede ser el de una angustia existencial, una profunda tristeza que lo embarga estos últimos años de su vida.

Como consecuencia de esa angustia que asola al poeta, el dolor que reflejan las composiciones de esta última etapa parece surgir más de su condición vital que directamente de la pérdida de la madre, aunque como ya hemos apuntado, a nuestro entender, hunde ahí sus raíces. Son muchos los poemas en los que el poeta nos grita ese estado anímico presidido por una desolación absoluta. En *El rey mendigo* aparecen ya algunos poemas en los que un sincero sentimiento de angustia recorre muchos de sus versos. Así, en «El padre va a morir» (pp. 564-565), nos presenta Goytisolo un mundo presidido por la desolación más absoluta una vez que constata que su mundo de la infancia anda ya sepultado por el paso del tiempo, y solo le queda una honda tristeza y un sentido dolor de soledad y derrumbe:

El espanto está atrás; habita
al otro lado de la galería:
es esa puerta que no cierra
la huella en la pared de un cuadro
ya vendido
el luto en los armarios con polilla

[...]

Sí: mirar siempre lo que un día/ fue paraíso:
pero nunca atrás
jamás adentro pues está el pasillo
con sus feroces puertas
y sus habitaciones de catástrofe.

En «Un olor a Eucaliptos» (p.570), el poeta se pregunta, hablando de sí en tercera persona, al observar una vieja fotografía familiar:

Él oprimió a su pueblo matando encarcelando
a cualquiera que ansiase libertad y democracia.
Pues bien: murió en la cama: los que le rodeaban
enguantaron sus manos manchadas por la sangre (p. 761).

Como podemos apreciar el odio por el dictador lo mantuvo hasta el final de su obra, cuando de Franco ya no quedaba casi ni el recuerdo. En «Haidée Santamaría.....» (p.654), aparece otra crítica ácida y feroz contra los militares golpistas:

...mi alegría de niño
al que unos mal nacidos peores que cuatros
convirtieron en huérfanos en hijo de la ira;
mi casa fría y rota en un país o un tren
que arrastraron a un túnel de más de cuarenta años
sin luz en los vagones de mi gente.

Como podemos apreciar, ahora, en esta última etapa, y al igual que ocurría en *Final de un adiós*, junto a la condena ácida a «los asesinos de luces» aparece una condena dura al régimen franquista que vino después del sangriento golpe de estado del 36.

Si como ya hemos ido viendo a lo largo de este trabajo, una de las constantes de la poesía de José Agustín Goytisolo es la evocación de ese paraíso perdido de la infancia, en esta última etapa de su labor creadora esta evocación sigue presente. Baste recordar poemas como «Niño que fuiste», «Verano añil» o «Tierra mojada», de su obra *Como los trenes de la noche*. Sin embargo, la evocación de este paraíso perdido ahora se va cargando paulatinamente de tintes pesimistas, pues en bastantes poemas esta evocación es para constatar que todo ese mundo está ya muerto. En «Buganvillas reparaciones y humo» (p.575) el poeta vuelve a evocar el jardín de su infancia con un tono nítidamente positivo:

Yo tenía una casa con jardín
con geranios con un castaño de Indias
un limonero y muchas buganvillas
que envolvían mi primer coche mi primer juguete.

Sin embargo, en «Casa que no existe» (p. 558) ya nos habla de «un jardín que ya no tiene», pero aún más triste y sombrío nos parece el final del poema:

¡Oh absurdo y extraviado
rey mendigo que nota en las espaldas

el frío de su noche a la intemperie
y sigue caminando desnortado
y a punto de caer en uno u otro abismo
mientras busca las luces de una casa
que sabe que no existe!

Es esa conciencia de saber que ya no existe la casa familiar, que solo vive en sus recuerdos, los que llena de un tono aún más amargo los poemas de esta última etapa de la poesía de José Agustín Goytisolo.

Y como en tantos otros poemas volvemos a encontrar espacios, tablas de salvación adonde aferrarse para hacer soportable tanto dolor, papel que cumple la mujer amada, aunque también en esta última etapa de su labor creadora, la hija, Julia: «... Pero después/ [...] / comencé a percibir que cuanto más desnudo/ más rico era yo solo con mi mujer y mi hija», leemos en «Haidée Santamaría.....» (p. 654). En «Frío en el soportal», leemos también: «Hace frío en el soportal/ pero ya no te sientes solo: / la muchacha de tono alegre/ sigue cantando para ti» (p. 685).

Pero en esta última etapa aparecen otras posibles salidas ante tanto dolor: una, positiva, la creación poética; otra, cargada de connotaciones trágicas y lamentablemente premonitorias, la muerte. Ambas aparecen magistralmente unidas en «Hora que ansías» (p.717):

Tienes envidia de ti mismo
de lo que fuiste: del deseo
de morir joven y escapar
hacia la luz hacia la nada.
Mas al dejar pasar los años
te aferraste a la poesía
como el enfermo –bien lo sabes–
quiere creer en un remedio.
Desde entonces y libro a libro
has flirteado con la muerte
aplazando el tiempo que falta
para que acabe la función.

5. Conclusión

Tras este estudio hemos establecido cuatro etapas en la obra poética de José Agustín Goytisolo. Una primera titulada «Un grito desgarrador», agrupa sus tres primeros poemarios: *El retorno*, que trata de forma exclusiva de la evocación de la figura de la madre y de su trágica muerte, con el fin de acabar con ese profundo dolor por la ausencia de «la que fue Julia Gay», ese sol-astro en torno al cual giraba su infancia; *Salmos al viento*, donde la figura de la madre y el mundo de la infancia pasan a un segundo plano, suscitando una fuerte crítica social cargada de ironía y sarcasmo; y *Claridad*, obra en la que su primera parte, que tiene como título «El ayer» dedica a su infancia y a la madre.

Una segunda etapa, en la que, si bien la traumática pérdida de la madre y el insondable dolor que ello le comporta al poeta sigue estando presente, los poemas que dedica de forma íntegra a su figura son menos, aunque sí encontremos alusiones más o menos veladas, junto a otras nítidamente explícitas. Dentro de esta fase se hallan poemarios en los que no hay ninguna alusión a la madre, ni un solo verso dedica a esta figura tan importante para él, de ahí que hayamos denominado esta etapa como «La significativa ausencia de la madre». Esta segunda fase se extiende a lo largo del interregno que media entre la publicación de *Claridad* y *Final de un adiós*.

Un tercera fase, «Un nuevo retorno», que pretende cerrar el inmenso dolor provocado por la muerte de la madre, representada por una obra como *Final de un adiós*. Abre esta obra reconociendo que el hecho de despojarse de todos esos sentimientos y de todos esos recuerdos no ha conseguido mitigar ese dolor, de ahí que vuelva a dedicar un poemario completo a Julia Gay.

Por último, una cuarta etapa, «Un eterno recuerdo», que comprende las obras publicadas con posterioridad a *Final de un adiós*, en la que se puede constatar cómo no solo el propósito con el que escribe *Final de un adiós* no se cumple, sino que además vemos cómo la angustia por una vida sentida como fracasada se incrementa, lo que añade dolor a esa vieja herida que lo acompañó a lo largo de su vida desde la infancia.

6. Bibliografía

ARANGUREN, José Luis: «Del retorno al adiós: doble recorrido por la poesía de José Agustín Goytisolo», prólogo a *El retorno*, Barcelona, Editorial Lumen, 1986, pp. 7-24.

BALMASEDA MAESTU, Enrique: *Memoria de la infancia en la poesía española contemporánea*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1991.

CASTELLET, Josep María: «Los salmos de Goytisolo», prólogo a *Salmos al viento*, Barcelona, Editorial Lumen, 1980, pp. 9-24.

COTONER CERDÓ, Luisa, «La presencia de la mujer en la poesía de José Agustín Goytisolo», *Lectora*, 16 (2010), pp. 145-160.

HERNÁNDEZ, Antonio: *La poética del 50, una promoción desheredada*, Madrid, Ediciones Edymion, 1991.

LANZ, Juan José: *Las palabras gastadas. Poesía y poetas del medio siglo*, Sevilla, Renacimiento, 2009.

LLEDÓ, Emilio: «El territorio de la poesía: consideraciones sugeridas por la lectura de *Final de un adiós*, en *Final de un adiós*», Barcelona, Editorial Lumen, 1984, pp. 7-20.

RIERA, Carme: *La Escuela de Barcelona*, Barcelona, Anagrama, 1988.

RIERA, Carme: *Hay veneno y jazmín en tu tinta. Aproximación a la poesía de J.A. Goytisolo*, Barcelona, Anthropos, 1991.

RIERA, Carme, «De *El retorno* a *Final de un adiós*: algunas notas sobre la elegía en la obra de José Agustín Goytisolo», *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 429 (1986), pp. 157-167.

TÉLLEZ, Rafael: «Ese pájaro negro al que llaman tristeza», *Campo de Agramante: revista de literatura*, nº 22 (primavera-verano, 2015), pp. 36-54.

VILLARONGA, Jordi: *José Agustín Goytisolo. Vida y obra. De la luz del Retorno a las noches proscritas*, Madrid, Ediciones Libertarias, 2000.